Fecha de recepción: 03/01/2026
Fecha de aceptación: 07/05/2026
Pp. 89 – Pp. 117

Ciencia experimental y praxis religiosa en José Gregorio Hernández (1864 – 1919).

Tomás Enrique González Guanipa[1]
tomasenriquegonzalezguanipa@gmail.com
ORCID: 0009-0007-4739-7091
Universidad Central de Venezuela, Caracas, Venezuela

Edgar Figuera-Bottini[2]
edgarfiguerabottini@gmail.com
ORCID: 0000-0001-7505-5266.
Universidad Central de Venezuela, Caracas, Venezuela

Resumen

En torno a la canonización del Dr. José Gregorio Hernández (1864–1919) —celebrada el 19 de octubre de 2025 en la Plaza de San Pedro por el Papa León XIV—, surgieron diversas publicaciones que, entre artículos, libros y ensayos, permiten identificar tres vertientes interpretativas. La primera destaca su santidad y servicio público como eje de una vida austera y religiosa; la segunda lo sitúa como un médico que impulsó el desarrollo científico en la Venezuela gomecista; y la tercera explora la multiplicidad de perfiles construidos por sus biógrafos, reflejando una dialéctica entre fe, imaginarios personales y estructuras simbólicas. El presente ensayo propone un enfoque distinto: desde la antropología histórica y la historia de las ideas, nos aproximamos al positivismo para reconfigurar las ideas que convergieron en Hernández, tanto en su práctica médica como en su apostolado. Así, planteamos un esbozo de historia intelectual donde la ciencia positivista y las creencias religiosas se entrelazan en la producción material y simbólica de su cotidianidad..

Palabras clave: ciencia médica, religión, creencia, vida cotidiana, historia conceptual, positivismo.

[1] Tomás Enrique González Guanipa. Médico oftalmólogo. Doctorando en Historia, Universidad Católica Andrés Bello (UCAB). Profesor de la Cátedra de Historia de la Medicina, Escuela Dr. Luis Razetti, Universidad Central de Venezuela (UCV).

[2] Edgar Figuera-Bottini. Doctorando en Historia, Universidad Católica Andrés Bello (UCAB). Doctor en Ciencias Sociales, especialidad en Etnología e Historia, Université Louis Pasteur de Strasbourg I (ULP). Profesor Asociado a Dedicación Exclusiva y Director General de Investigación y Creación Intelectual, Universidad Nacional Experimental de La Gran Caracas (UNEXCA).

Tomás Enrique González Guanipa, Edgar Figuera-Bottini

Experimental Science and Religious Practice in José Gregorio Hernández (1864–1919).

Abstract

The canonization of Dr. José Gregorio Hernández (1864–1919)—celebrated on October 19, 2025, in St. Peter's Square by Pope Leo XIV—gave rise to numerous publications, including articles, books, and essays, which reveal three distinct interpretive approaches. The first emphasizes his holiness and public service as the cornerstone of an austere and religious life; the second positions him as a physician who fostered scientific development in Venezuela during the Gómez regime; and the third explores the multiplicity of profiles constructed by his biographers, reflecting a dialectic between faith, personal imaginaries, and symbolic structures. This essay proposes a different approach: from the perspectives of historical anthropology and the history of ideas, we examine positivism to reconfigure the ideas that converged in Hernández, both in his medical practice and his apostolic work. Thus, we propose an outline of intellectual history where positivist science and religious beliefs intertwine in the material and symbolic production of everyday life.

Keywords: medical science, religion, belief, everyday life, conceptual history, positivism.

Índice

Introducción 92

I. Rupturas y continuidades 94

II. Formación científica y praxis religiosa en José Gregorio Hernández 98

Consideraciones finales 113

Referencias bibliográficas 115

> Fue un médico científico al estilo moderno, investigador penetrante en el laboratorio y clínico experto a la cabecera del enfermo, sabía dominar el microscopio y la probeta, pero también sabía dominar la muerte y vencerla. **Luis Razetti, 1919.**

Introducción

A mediados del siglo XIX, América Latina, aún marcada por las secuelas de las guerras de Independencia y una compleja herencia colonial, experimentó una profunda transformación intelectual, bajo la influencia del positivismo y su ideal de "orden y progreso". Las naciones postcoloniales buscaron cimentar una nueva mentalidad para interpretar la realidad social mediante la ciencia. El flujo de este paradigma hacia Hispanoamérica, se inicia alrededor de 1850 impulsado por una generación de intelectuales que, tras formarse en los principales centros europeos, regresó con las herramientas para formular nuevas preguntas científicas[3]. Como señalan Stephan, esta modernización no respondió a una evolución interna, sino a una exigencia externa de las metrópolis, que requirieron convertir a sus antiguas posesiones ultramarinas en mercados para su producción material y cultural:

> La modernización no respondió a una evolución interna de la sociedad Latinoamericana, sino primordialmente a una exigencia externa proveniente, primero, de las metrópolis europeas y, luego, norteamericana. Tanto o más que su incorporación a la economía mundial como proveedoras de materias primas, las metrópolis requirieron de sus ex colonias españolas y portuguesas su transformación en poderosos centros de consumo o en mercados para la colocación de su producción tanto material como cultural, en lo que se fundamentó el marcado carácter internacionalista que adquirió la cultura Latinoamericana del periodo[4].

En este escenario, la ciencia positivista se consolidó como el eje estructurante de la razón moderna. No obstante, la figura de José Gregorio Hernández emergió como una

[3] Beatriz González Stephan, Javier Lasarte y María Julia Daroqui. Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina. (Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana – Equinoccio – Universidad Simón Bolívar, 1995), pp. 431-456 y pp. 473-518.

[4] Stephan y col. Esplendores y miserias del siglo XIX, p. 500.

excepción notable al integrar, sin contradicciones, su rigurosa formación científica con una profunda praxis de la fe cristiana. Como señala Brito Figueroa, en el médico "no hay ruptura entre el laboratorio y el altar, sino una síntesis que anticipa una ética de la ciencia aún no formulada en su tiempo"[5]. En el sentido de lo expuesto, el presente artículo explora esta síntesis, analizando cómo la práctica religiosa y el compromiso con la ciencia experimental coexistieron en Hernández, quien, aunque reconocía la validez del método positivista, la definía acertadamente como una disciplina de carácter "puramente fenomenal"[6].

[5] Federico Brito Figueroa. José Gregorio Hernández: ciencia y conciencia en Venezuela. (Caracas: Monte Ávila Editores, 1981), p. 72.

[6] José Gregorio Hernández. Elementos de Filosofía. (Caracas: Tipografía El Cojo, 1912), p. 7.

I. Rupturas y continuidades

José Gregorio Hernández (1864 – 1919) inaugura su vida en el contexto del surgimiento, desarrollo y consolidación del paradigma positivista o filosofía positiva[7]. En todo caso, vive y experimenta el nacimiento de un sistema de pensamiento que tendrá una inusual presencia en todas las diversas y múltiples formas expresivas de la producción de los artefactos culturales[8] en la convulsionada sociedad venezolana.

Esta doctrina, que comenzaba con lentitud a permear en todos los programas académicos, así como en las formas de enseñar y aprender, en la universidad venezolana, tiene en Ferrater Mora, una conceptualización:

> El positivismo es una teoría del saber que se niega a admitir otra realidad que no sean los hechos y a investigar otra cosa que no sean las relaciones entre los hechos. En lo que toca por los menos a la explicación, el positivismo subraya decididamente el "cómo", y elude responder al "qué", al "por qué" y al "para qué". Se une a ello, naturalmente, una decidida aversión a la metafísica, y ello hasta tal punto, que algunas veces se ha considerado este rasgo como el que caracteriza la tendencia positivista … Esta doctrina comprende no solo una una teoría de la ciencia, sino también, y muy especialmente, una reforma de la sociedad y una religión. Precisamente la acentuación de uno u otro de tales factores fue lo que decidió el ulterior destino de la escuela: para

[7] Ángel Cappelletti, Positivismo y evolucionismo en Venezuela (Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1994), pp. 25-38. Entre 1830 y 1842, el positivismo se establece formalmente con la publicación del Curso de filosofía positiva de Auguste Comte, instaurando la Ley de los tres estadios y la primacía de la observación empírica como bases del conocimiento científico. Esta corriente se expandió por Europa entre 1850 y 1870 bajo la influencia de John Stuart Mill y Herbert Spencer, quienes integraron categorías como la evolución social y la utilidad práctica del saber, logrando que a finales del siglo XIX el paradigma se consolidara como la cosmovisión dominante en las ciencias naturales y sociales, transformando radicalmente la práctica médica y la naciente sociología. Finalmente, entre 1870 y 1890, el positivismo fue adoptado en América Latina como la ideología fundamental para la construcción de los Estados nacionales, manifestándose en los proyectos institucionales de Sarmiento y Alberdi en Argentina, y en la reforma educativa de Gabino Barreda en México bajo el lema de "Orden y Progreso".

[8] Artefactos culturales: Se definen como el conjunto de producciones materiales y simbólicas que adquieren sentido a través de las relaciones intersubjetivas de una sociedad. Estos objetos no son meras herramientas, sino expresiones de una «unidad pragmática» de la mentalidad de una época. Forman parte de un repertorio generacional heredado que abarca saberes, tecnologías y habilidades técnicas necesarios para la reproducción de la vida cotidiana. En contextos interculturales, el artefacto actúa como una praxis simbólica: un instrumento que permite al individuo participar en la cultura objetiva para adaptarse y ejercer control sobre su entorno.

> algunos el positivismo era una doctrina del saber; para otros, era una norma para la sociedad y una regla de vida para el hombre[9].

Esta definición, vinculada a su formación académica y su devoción católica, debe interpretarse dentro del marco filosófico que dio sentido científico y social a su existencia. Eran tiempos en los que el método positivista comenzaba a disciplinar tanto el pensamiento idealista como la lógica racionalista y el pragmatismo observacional. Esta influencia no se limitó a la academia, sino que reconfiguró la mentalidad social de la época: desde los hábitos y las tradiciones hasta las relaciones éticas, las creencias y los imaginarios colectivos[10].

En Hernández, ambas dimensiones, ciencia médica y práctica religiosa, están consustanciadas en las formas de comprender y explicar el mundo y sus cambios a finales del siglo XIX y las dos primeras décadas del siglo XX, justamente en el tiempo histórico cuando el petróleo aceleraba las transformaciones de la sociedad venezolana:

> Desde sus más remotos orígenes en el siglo XVI, en toda su historia lo que ha venido a ser la nación venezolana, no hay un hecho, un acontecimiento, un fenómeno, que haya ocasionado más radicales y profundas transformaciones, que haya alterado todos los aspectos de la vida nacional, que haya logado cambiar la mentalidad, la conducta y los valores de toda la sociedad que pueda compararse con el impacto que el surgimiento de la riqueza petrolera tuvo para nuestro país[11].

En la figura de Hernández —ya sea como pensador científico-filosófico o como profesional cuya praxis se consustancia con la fe— convergen tres dimensiones antropológicas que sintetizan la cultura de su época: la filosófica, la histórica y la cultural. Este enfoque multidisciplinario nutre una conciencia histórica que da cuenta de una doble realidad: la ruptura en el campo del saber científico y, simultáneamente, la continuidad de

9 José Ferrater Mora citado por Ramón J. Velásquez. La Doctrina Positivista. Pensamiento Político venezolano del siglo XIX. Textos para su Estudio. (Caracas: Presidencia de la República, 1961), Tomo I, pp. 11-12.

10 Stephan. Esplendores y miserias del siglo XIX, pp. 499-518.

11 Arturo Uslar Pietri, Los venezolanos y el petróleo, (Caracas: Ediciones del Banco de Venezuela, 1990), p. 9.

las tradiciones religiosas. Esta síntesis le permitió abrazar la modernidad positivista como bien señala Arturo Uslar Pietri:

> Puede decirse que el positivismo determina una época de florecimiento de las ciencias y las letras en Venezuela. Bajo su influencia más o menos pura o directa, entre 1883 y la primera guerra mundial, se rehace la historiografía nacional, se inician investigaciones etnográficas y antropológicas, comienzan los estudios sociológicos, se extiende el criollismo literario y se despierta el interés por las grandes corrientes del pensamiento universal en un grado que recuerda a las generaciones que a fines del siglo XVIII buscaron ávidamente en las fuentes europeas las ideas de la Ilustración[12].

Estas transformaciones no fueron ajenas a una generación que, transitando entre el guzmancismo y el gomecismo, produjo diversas expresiones intelectuales que definieron el pulso de su tiempo[13]. Tales convergencias se materializaron no solo en la figura de José Gregorio Hernández, sino también en sus colegas contemporáneos. Se trataba del espíritu de una época y de la mentalidad de una sociedad en transición, que encontró en la Universidad Central de Venezuela uno de sus máximos centros de irradiación intelectual[14]. En esta comunidad académica, el positivismo se convirtió en el paradigma dominante, marcando con rigor la investigación científica, la práctica médica y la formación de las nuevas generaciones: "Si se observa atentamente la organización social, se encontrará la más perfecta regularidad en sus evoluciones, el acuerdo más completo en todos los intereses; y el individuo que busca su propio bienestar, contribuye a la felicidad común"[15].

---

12 Velásquez. La Doctrina Positivista, p. 16.

13 Fernand Braudel. *La historia y las ciencias.* (Madrid: Alianza Editorial, 1984), pp. 45-78. El cambio histórico se refiere a las transformaciones estructurales, institucionales, culturales y sociales que ocurren en las sociedades a lo largo del tiempo, modificando sus formas de organización, sistemas de creencias, relaciones de poder y condiciones materiales de existencia. Lejos de ser un proceso lineal o meramente acumulativo, el cambio histórico implica rupturas, continuidades, aceleraciones y retrocesos que reconfiguran las coordenadas fundamentales de la vida colectiva.

14 Ildefonso Leal. Egresados de la Universidad Central de Venezuela, 1725-1957. (Caracas: Ediciones de la Secretaría de la Universidad Central de Venezuela, Tomo I, 1996), pp. 351-352.

15 Rafael Villavicencio. "Discurso pronunciado ante la ilustre Universidad en el acto de la repartición de premios, el día 8 de diciembre de 1866". En Ramón J. Velásquez (compilador). La Doctrina Positivista. Pensamiento Político venezolano del siglo XIX. Textos para su Estudio. (Caracas: Presidencia de la República, 1961), Tomo I, p. 49.

Villavicencio no se queda en el postulado positivista-evolucionista, sino que avanza hacia la materialidad de los hechos, "…porque si el hombre es perfectible se perfecciona, y el espíritu científico aplicado a los sucesos que nos refiere la historia hará brotar de ellos las leyes que rigen las grandes evoluciones de la humanidad, y nos manifestará a ésta en continuo ascenso hacia la civilización"[16]. ¿Qué tienen en común, sin perjuicio de su diversidad, la formación científica de los médicos venezolanos entre 1850 y 1920 y su praxis religiosa? ¿Cuáles serían los factores articuladores de la praxis médica-científica y las expresiones de las creencias religiosas en las rutinas sociales? ¿Cómo los médicos en su saber-hacer consustanciaban en la sociedad la ciencia positivista y profesión de la fe? ¿Acaso, en las opacidades de la vida cotidiana no subyace una estructura mito-rito que da cuenta de una antropología cultural de las ceremonias, de la cual no se tiene necesariamente consciencia de ella? ¿Qué eventos hacen de José Gregorio Hernández un ser excepcional que llama la atención de la feligresía católica y de ateos, de la Iglesia Católica para consolidarlo en los altares domésticos y elevarlo al santoral eclesiástico? ¿Por qué es de suma importancia para el proceso sociocultural venezolano la comprensión antropológica, histórica, filosófica y teológica de la dialéctica subsumida en la fenomenología ciencia y fe consustanciadas en la figura de José Gregorio Hernández? Es en el contexto enunciativo de estas formulaciones donde hacemos las reflexiones sobre las transformaciones de la sociedad para valorar en su tiempo histórico la relación entre ciencia experimental y praxis religiosa en José Gregorio Hernández.

16 Villavicencio. "Discurso pronunciado ante la ilustre Universidad", p. 49.

ISSN: 2790-5071

II. Formación científica y praxis religiosa en José Gregorio Hernández.

> El objeto principal de la imaginación es la creación de la belleza. La ciencia que guía la imaginación en la producción de la belleza es la estética. La voluntad aspira al Bien. La moral es la ciencia del Bien[17].

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, Hispanoamérica fue escenario de una intensa disputa intelectual entre la herencia colonial, los ideales ilustrados y las nuevas doctrinas europeas. Entre estas últimas, el positivismo comtiano tuvo una recepción determinante, influyendo de manera estructural en casi todos los procesos sociales. Mientras que en países como Brasil, México o Argentina el positivismo se consolidó como un sistema ideológico de Estado que orientó reformas jurídicas, educativas y sanitarias, en Venezuela su adopción fue más singular. Condicionada por la inestabilidad política del período postindependentista, su recepción fue fragmentaria pero genuina, adaptándose a las condiciones históricas locales:

> No fue un positivismo comtiano puro el que vino a Venezuela, sino una híbrida mezcla de influencias, como también fue el caso en toda Hispanoamérica, y aquí, como en otros países, hizo su estrecha alianza con el darwinismo, el ateísmo, el anticlericalismo, y el realismo y el naturalismo literario[18].

Leopoldo Zea refiere la excepción desde el particularismo utilitario al decir que: "el positivismo en América Latina funcionó menos como teoría filosófica que como programa de modernización urgente"[19]. La misma Iglesia Católica, afectada por la expansión social del positivismo y debilitada por los procesos de secularización, se vio obligada a replantear su relación con la ciencia y la educación, abriendo espacios de negociación simbólica -y a veces de confrontación- con los nuevos intelectuales laicos. Comprender este entramado histórico es fundamental para situar la singularidad de José Gregorio Hernández, cuya formación se desarrolló precisamente en la encrucijada entre estos dos tiempos históricos,

17 Hernández. Elementos de filosofía, p. 11.
18 Velásquez. La Doctrina Positivista, p. 13.
19 Leopoldo Zea. El positivismo en México, (México: Fondo de Cultura Económica, 1970), p. 15.

entre la dialéctica de continuidades y las rupturas simbólicas de la nueva conciencia intelectual que abonaba el horizonte histórico de la modernidad.

En este sentido, Hernández, entre otros venezolanos, fue uno de los primeros en recibir una formación científica de vanguardia en París, en una época en que la medicina experimentaba una revolución estructural, gracias a los descubrimientos en bacteriología, histología y fisiología experimental. Su contacto directo con figuras como Louis Pasteur, Jean-Martin Charcot, Mathias Duval, reconocidos científicos europeos, no solo le permitió dominar los métodos del laboratorio moderno anatomoclínico, fisiopatológico y etiológico, sino también asumir una concepción de la medicina como ciencia rigurosa y, al mismo tiempo, profundamente humanista. Como destaca Rivas, "Hernández no se limitó a importar técnicas, sino que incorporó un ethos científico que vinculaba el conocimiento con la responsabilidad social"[20]. Esta dimensión ética de su quehacer médico revela que su compromiso con la ciencia nunca fue meramente técnico, sino siempre orientado al bien común.

Es lo que hace de José Gregorio Hernández un personaje del que se puede hablar y escribir con provecho, pues todos lo conocen pero casi nadie sabe quién es por la gruesa pátina de santidad con la que el imaginario sociocultural le ha cubierto, extendiendo un manto de opacidad sobre su naturaleza de ser-científico-creyente. No pretendemos ser el hereje que despoje al Santo de sus vestiduras, pero si queremos darle mayor trascendencia a su condición humana afianzado en sus propios postulados: "Ningún hombre puede vivir sin tener una filosofía. La filosofía es indispensable para el hombre, bien se trate de la vida sensitiva, de la vida moral y en particular de la vida intelectual"[21].

Esta trilogía retrata su existencia, un médico que usó los recursos que le proporciona el positivismo para la comprobación de los fenómenos científicos. Sin embargo, no fue

[20] Ramón José Rivas. La enseñanza de la medicina en Venezuela durante el siglo XIX. (Caracas: Academia Nacional de Medicina, 1993), p. 89.

[21] Hernández. Elementos de Filosofía, p. 5.

asumido como dogma; podemos aproximar que el de Hernández es un positivismo ecléctico que combina ciencia y praxis religiosas, porque en el transcurso de la experiencia, la persona va elaborando su propia filosofía de vida:

> El hombre de espíritu cultivado, en el principio de sus estudios clásicos, aprende la filosofía que podemos llamar obligatoria. Los conocimientos que él adquiere entonces le sirven como de sustancia de reserva para irse formando su filosofía personal, la suya propia, la que ha de ser durante su vida la norma de su inteligencia, aquella de la cual ha de servirse para poder existir como ser pensador. En él, como en el hombre inculto, la elaboración de su filosofía ha de hacerse lentamente, casi siempre laboriosamente, dolorosamente la mayor parte de las veces[22].

Hablando del hospital de Curazao dice que aquel "está servido por las hermanas de la Caridad, y me he convencido más de la utilidad de esta institución, ya que las monjas hacen todo con la heroicidad que solo da el catolicismo" y en otra parte de la misma carta describe a un paciente que por tener una fractura de fémur pasó inmovilizado unos cuarenta días y desarrolló una úlcera por decúbito, había que mantenerlo completamente desnudo y lavar constantemente la llaga, y dice que en la cara de la hermana que lo asistía "vi tanta santidad durante la cura que tuve deseos de venerarla como si estuviese ya canonizada"[23].

Para Hernández el carácter misterioso de esta realidad es lo que acerca la ciencia a la fe religiosa, al sostener que:

> El conocimiento no se verifica inmediatamente, sino que hay una evolución en el modo de producirse, mediante tres operaciones sucesivas, que son: la adquisición, la conservación y la elaboración. Las dos primeras son operaciones sensitivas, las cuales sirven para procurar los materiales con que ha de efectuarse la tercera operación, la elaboración del conocimiento, que es la verdadera operación intelectual[24].

La construcción de este saber demanda un andamiaje metodológico que Hernández encontró en el pensamiento positivista. Definirlo como un personaje que respondió fielmente a las obligaciones de su tiempo implica reconocer su profunda adopción de la

22 Hernández. Elementos de filosofía, pp. 5-6.
23 José Gregorio Hernández. Obras completas. (Caracas: Ediciones OBE – UCV, 1968), p. 1116.
24 Hernández. Elementos de Filosofía, pp. 29-30.

ciencia positiva, un camino que recorrió en sintonía con su generación. Si bien la historiografía destaca su brillo como estudiante, esa excelencia fue una constante en sus colegas de grado. El examen de los expedientes de los doctores José Manuel de los Ríos Llamozas, Justiniano Graterol y Morles, Enrique Meyer Flégel y Elías Rodríguez en el Archivo Histórico de la UCV[25] revela una promoción médica excepcional.

Se ha insistido mucho en su don de lenguas, sin embargo, no es extraño que la élite educada en el Colegio Villegas hablara latín, griego, inglés, francés y alemán, por este último idioma se hizo traer a Venezuela al maestro Adolfo Ernst que vino a enseñarlo y se transfiguró luego en el portento científico que fue. El asombro de Hernández fue mayor al conocer a Sor Josefa quien habla:

> Francés, inglés, alemán, holandés, español y latín, (sabe de) botánica, mineralogía y química; toca el piano admirablemente, pinta lo mismo y en las labores de mujer es inimitable; cuando supo que yo había estudiado medicina me dijo que ella tenía cierta aversión porque, después de haberla estudiado un poco, fue para ella ocasión de pecado por haberse sentido orgullosa de conocer algo de esa ciencia[26].

Hernández es un hombre que siente y padece como cualquiera. En carta del 12 de septiembre de 1888 desde Betijoque dice:

> He paseado a caballo dos o tres veces con algunos amigos de aquí, que se empeñan en que esto me parezca menos feo de lo que realmente es, empeño inútil porque la fealdad de lo que por aquí, está más allá de toda descripción; y eso que la variedad en las costumbres y maneras son cosas que me divertirían si no me atacaran los nervios por la antipatía que le tengo a toda la gente de por acá[27].

O desde Isnotú cuando escribe: "te parecerá increíble que todavía no haya conocido una persona con la cual se pueda conversar un cuarto de hora siquiera[28].

25 AHUCV. Libro de egresados 1888.
26 Hernández. Obras completas, p. 1116.
27 Hernández. Obras completas, p. 1119.
28 Hernández. Obras completas, p. 1123.

ISSN: 2790-5071

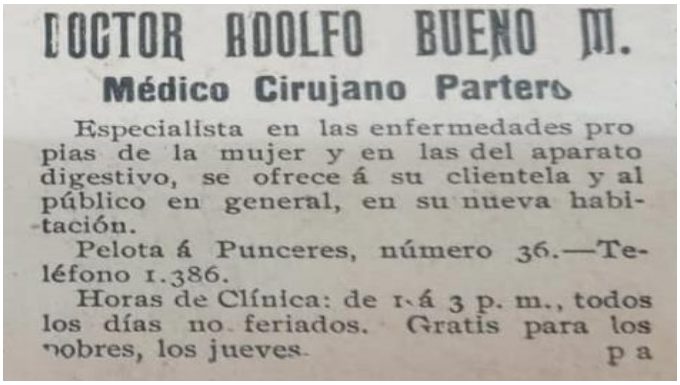
Este carácter mundano no desmerita la práctica de las virtudes cristianas en grado heroico que le otorgaron fama de Santo, amén de su muerte tan violenta que contribuyó a la configuración social de una narrativa fenomenológica sobre la relación ciencia-fe que le acompaña hasta hoy y que está presente en sus propias reflexiones filosóficas donde doctrina moral y positivismo fenomenal se conjugan:

> La operación preliminar del que estudia cualquier materia científica es la de amoldar los conocimientos que va adquiriendo a la filosofía que se ha formado de antemano; y si ésta no ha sido todavía definitivamente constituida, los conocimientos científicos no se admiten sino bajo condición. El alma venezolana es esencialmente apasionada por la filosofía. Las cuestiones filosóficas la conmueven hondamente, y está deseosa siempre de dar solución a los grandes problemas que en la filosofía se agitan y que ella estudia con pasión. La ciencia positiva, la que es puramente fenomenal, la deja la mayor parte de las veces fría e indiferente[29].

José Gregorio Hernández se gradúa de Bachiller en Filosofía en junio 1882 e ingresa a la Facultad Médica de la Universidad Central, donde a la usanza de la época, primero obtiene el título de Bachiller en Ciencias Médicas y luego el de Doctor en Ciencias Médicas el 29 de junio de 1888[30]. Se ha insistido hasta la saciedad en el título de médico de los pobres, sin embargo, no fue un territorio exclusivo del doctor Hernández, por todo lo que hemos estudiado, era la moral de trabajo de la época que los médicos dedicaran un día de consulta gratuita a los más pobres de la ciudad, basta solo revisar los directorios en la prensa para comprobarlo.

29 Hernández. Elementos de filosofía, pp. 6-7.

30 Ernesto Hernández Briceño. Nuestro tío José Gregorio, contribución al estudio de su vida y de su obra. (Madrid: Imprenta Sucesores de Rivadeneira, 1958), p. 146.



DOCTOR ADOLFO BUENO M.

Médico Cirujano Partero

Especialista en las enfermedades propias de la mujer y en las del aparato digestivo, se ofrece á su clientela y al público en general, en su nueva habitación.

Pelota á Punceres, número 36.—Teléfono 1.386.

Horas de Clínica: de 1 á 3 p. m., todos los días no feriados. Gratis para los pobres, los jueves.

p a

Fuente: El Constitucional, 12 de diciembre de 1908.

En Isnotú, a donde había ido a ejercer la profesión, la cosa no andaba bien. En una carta a su amigo Santos Dominici le escribe "me dijo un amigo que en el Gobierno de aquí se me ha marcado como godo y que se estaba discutiendo mi expulsión del Estado, o más bien si me enviarían preso a Caracas"[31]. Quizás esta hostilidad no era gratuita, además demuestra que tuvo ideas políticas y por ellas se sintió perseguido. La beca fue su tabla de salvación. Su profesor Calixto González, le manda una carta diciendo que el Presidente de la República proyectaba enviar a un joven médico a Paris, y él no había dudado en recomendarlo "por saberlo bien dotado de las condiciones requeridas. Que debía venirse a Caracas sin pérdida de tiempo dispuesto para seguir viaje a Europa a cursar tales estudios"[32].

La anécdota es bien conocida. El 31 de julio de 1889, el presidente Juan Pablo Rojas Paúl dispone enviar a París:

> Por cuenta del Gobierno Nacional (…) a un joven médico de nacionalidad venezolana, graduado de Doctor en la Universidad Central, de buena conducta y de aptitudes reconocidas, con el fin de que curse allí las siguientes especialidades: Microscopía, Bacteriología, Histología Normal y Patológica y Fisiología Experimental. Se le asigna, al efecto, la pensión mensual de seiscientos bolívares (Bs 600), que se pagará por la Tesorería General de Instrucción Pública[33].

31 Hernández. Obras completas, p. 1161.

32 José Manuel Núñez Ponte. Dr. José Gregorio Hernández, ensayo crítico – biográfico. (Caracas: Editorial Las Novedades, 1944), p. 49.

33 Tomás González. "Dr. José Gregorio Hernández (1864-1919): una nueva visión de la bacteriología".

Ese mismo día, el Presidente de la República, con el voto favorable del Consejo de Gobierno, decide enviar al Dr. José Gregorio Hernández.

Inicia su formación en los primeros días de noviembre de 1889 en la Facultad Médica de París en el Laboratorio de Histología a cargo del Dr. Mathias Duval, quien señala "Es para mí un deber y un placer agregar que él se ocupa en el estudio de la histología con actividad y gran éxito; y no dudo de que un día yo estaré orgulloso de tenerlo como discípulo"[34]. Una vez terminada su labor, regresa a Venezuela donde instala el Laboratorio de Histología Normal y Patológica, Fisiología Experimental y Bacteriología con los equipos que había traído de Francia y Alemania. El historiador Plácido Daniel Rodríguez Rivero asienta que:

> Como corolario obligado de la teoría pasteuriana aceptada desde su creación como una verdad inconcusa, se fundó junto con un laboratorio anexo, la Cátedra de Bacteriología, el 6 de noviembre de 1891, y se puso a cargo del joven, sabio y justo doctor José Gregorio Hernández, de tan eximias virtudes y de conocimientos tan hondos[35].

En los siguientes catorce años dicta las cátedras de Histología Normal y Patológica, Fisiología Experimental y Bacteriología. Masificó el uso del microscopio, enseñó su manejo e importancia; dio a conocer la teoría celular de Rodolfo Virchow, la estructura de la célula, los tejidos orgánicos y estudió por primera vez entre nosotros los procesos embriológicos; coloreó y cultivó los microbios por primera vez en Venezuela creando la base científica de la patología nacional; inició la investigación biológica autóctona; usó la vivisección como base de la medicina experimental. Fue el primero que indagó, de acuerdo al método rigurosamente experimental, las lesiones anatomopatológicas de la Fiebre Amarilla. En frase elocuente del autor de Venezuela Heroica: "enseñó a la juventud

34 Hernández Briceño. Nuestro tío, p. 215.

35 Placido Daniel Rodríguez Rivero. Historia Médica de Venezuela. (Caracas, Parra León Hermanos Editores, 1931), p. 319.

estudiosa de su patria a evitar las abstracciones puramente imaginativas y la acostumbró a la verdadera y fecunda interpretación de los misterios de la vida"[36].

Gracias a su prestigio personal y a la sólida reputación cimentada en la coherencia entre sus valores y acciones, el doctor Hernández se convirtió en un referente de integridad y competencia profesional. Su figura proyectaba tal confiabilidad que la incipiente industria farmacéutica de la época comenzó a utilizar su respaldo como aval de calidad para recomendar sus productos:

> Agua de La Lajita. Valioso certificado del doctor José Gregorio Hernández. El suscrito, médico cirujano, certifica: que ha empleado el agua mineral de LA LAJITA con un éxito muy bueno en todos aquellos casos en que las aguas gaseosas alcalinas están incluidas, de suerte que no vacilo en considerarla tan excelente como las mejores extranjeras, como las de Vichy principalmente. Caracas: marzo 29 de 1912[37].

El ambiente académico de 1905 está subsumido en una polémica sobre El origen de la vida. El doctor Luis Razetti pretendió que la Academia Nacional de Medicina, adoptara como dogma científico, lo que él llamaba la legitimidad de la doctrina de la descendencia. Imbuido como estaba en la discusión del tema, Hernández fija posición al respecto "hay dos opiniones para explicar la aparición de los seres en el universo: el Creacionismo y el Evolucionismo. Yo soy creacionista" y desligado por un momento de su condición de católico, declara que "las Academias no deben adoptar como principio de doctrina ninguna hipótesis, porque enseña la historia, que al proceder de tal forma lejos de favorecer dificultan notablemente el adelantamiento de la ciencia"[38]. Pese a las posiciones encontradas, Razetti y Hernández, se respetaron mutuamente y siguieron siendo fieles amigos.

Dice José Manuel Núñez Ponte que "humanamente hablando, el doctor Hernández debía de tener sobrados motivos para estar contento y satisfecho con el destino que Dios le

[36] Temíscocles Carvallo. José Gregorio Hernández, su obra científica y social en Venezuela. (Caracas, Imprenta Nacional, 1953), p. 51.

[37] "Agua de La Lajita". El Universal, 6 de junio de 1912.

[38] Carvallo. José Gregorio Hernández, su obra científica y social en Venezuela, p. 75.

había asignado, el cual, le acarreaba trabajo pero también merecimientos, era presea de honor y júbilo para la ciudad de Caracas y para Venezuela entera"[39] pero decide abandonar la gloria científica para abrazar la vida monacal en la Cartuja de La Farneta, en Italia.

El 15 de junio de 1906, en ocasión de solicitar su jubilación como profesor universitario, el Dr. Hernández:

> Fundador de la Cátedra de Bacteriología, Histología y Fisiología Experimental en la Universidad Central desde el mes de noviembre de 1891, adjunto a esta representación tengo a honra enviar a usted un ejemplar de una obra titulada Elementos de Bacteriología que acabo de escribir para la expresada Cátedra, pues aspiro a que, de acuerdo con el artículo 15 del Código de Instrucción Pública, se me conceda la jubilación de ley, conmutándose dicho trabajo por los seis años que me faltan para los veinte que al efecto señala el artículo 14 del citado código[40].

La respuesta oficial es del 20 de junio y se le comunica que por disposición del general Juan Vicente Gómez, vicepresidente de la República, se le concede la jubilación solicitada con la asignación de doscientos bolívares (Bs 200) mensuales y que del Ministerio de Hacienda se le libraría la cantidad de mil bolívares (Bs 1.000) para pagar la impresión de su libro reconocido como de "utilidad pública"[41].

El libro publicado en Caracas por la Tipografía Herrera Irigoyen en 1906, es el primero de su clase en Venezuela, iniciando la bibliografía médica en esa área. Constituye el compendio de las lecciones dictadas en clase ordenadas según el programa de estudios médicos de la época, por lo que el alcance de esa obra fue servir de apoyo para los estudiantes proveyéndoles un material didáctico, sencillo y sistematizado acerca de la bacteriología teórica general, las técnicas de laboratorio y las enfermedades infecciosas más comunes en el hombre y los animales. En el prólogo del libro Elementos de Bacteriología, el Dr. Hernández escribe ‘‘la enseñanza dada durante estos quince años ha sido bastante laboriosa para nosotros, porque, aunque hay un crecido número de obras de bacteriología,

39 Núñez Ponte. Dr. José Gregorio Hernández, ensayo crítico – biográfico, p. 159.
40 Hernández Briceño. Nuestro tío, p. 513.
41 Hernández Briceño. Nuestro tío, p. 514.

muchas de ellas con gran valor científico, ninguna está completamente acomodada a las necesidades de nuestro programa universitario"[42].

Poco se habla de la simpatía y admiración entre el doctor Hernández y el general Juan Vicente Gómez, como se deja ver en la carta del 2 de diciembre de 1908 que desde Italia le dice:

> Mi respetado general: tengo el honor de escribirle hoy antes que todo para felicitarlo por encontrarse dirigiendo nuevamente los destinos de la patria. Me mueve también molestar su atención la circunstancia de que la pensión de mi jubilación que usted, tan bondadosamente me decretó, ha sido dejada de pagar desde junio; por lo tanto, ocurro a usted, suplicándole encarecidamente me haga el gran favor de mandar que la sigan pagando y que se efectúe también el pago de las quincenas atrasadas. Ruego diariamente a Dios que lo llene de todos sus bienes del cuerpo y alma; y anticipándole las gracias por este nuevo y grandísimo servicio, me suscribo atento y respetuoso servidor y amigo, José G. Hernández[43].

No es el tema de este ensayo estudiar el cierre de la universidad en 1912, pero si tocarlo por ser un problema que Hernández vivió de cerca. Tampoco pretendo ser abogado defensor del gomecismo al plantear el problema. Sin embargo, noto que el capítulo Gómez y la Universidad es una historia interesada en no aclarar por los historiadores, políticos y ensayistas que lo abordan, y aparecen coaligados en torno del prejuicio más obvio que Gómez por ser un paleto, odia la inteligencia y la universidad es su máxima expresión institucional en el país y de un plumazo, la cierra.

De este prejuicio parten muchos y así lo escriben[44]. Pero los hechos son los hechos, y los hechos son tercos. El profesor Leonardo Carvajal en su trabajo "Estudiantes

---

42 José Gregorio Hernández. Elementos de Bacteriología. (Caracas, Tipografía Herrera Irigoyen, 1906), p. I.

43 "Carta del Dr. José Gregorio Hernández al general Juan Vicente Gómez. Cartuja de Farneta, 2 de diciembre de 1908". Boletín del Archivo Histórico de Miraflores, marzo – abril de 1960, año I, número 5, pp. 134–137.

44 Véase el artículo de Alberto Navas. "El cierre de la UCV en 1912". El Universal, 23 de junio de 2023. Empieza con el mito del cierre de la UCV por 10 años, desde 1912 hasta 1922. En efecto hubo un cierre técnico sin escolaridad que dura hasta 1915 mientras se hacían las reformas que el rector Guevara Rojas impulsa, luego de esa fecha se abren las escuelas existentes y se crean nuevas escuelas llamadas independientes como la de Odontología o la de Farmacia inaugurada por Elías Toro en diciembre de

universitarios y luchas político – sociales en Venezuela (1908 – 1919)", presenta muy esquemáticamente los acontecimientos que sirven de base para una revisión detallada y contextual del conflicto.

El 15 de septiembre de 1912 se celebra en el paraninfo de la universidad el acto solemne de apertura del año escolar 1912 – 1913. En dicho acto llevaba la palabra el doctor Felipe Guevara Rojas, rector de la universidad, y el doctor Francisco Gerardo Yáñez, profesor de derecho y orador de orden en aquella ocasión, cuando ruidos y silbidos interrumpieron su discurso. Este episodio está bien referido por el Dr. Francisco Antonio Rísquez:

> …en medio de su discurso se oyeron ruidos extraños, silbidos hostiles. El orador suspendió su peroración para hablar sobre el orden y el respeto de modo tan inconcebible interrumpidos; amonestó a los promotores, hablándoles de deberes y conveniencias, y reanudó su discurso. Concluido el acto, la comitiva volvía al Rectorado cuando en marcha, sonó otro silbido, se alzó otra voz agresiva, que el doctor Guevara Rojas se vio obligado a repeler con dureza: en circunstancias tales no tienen cabida las dulzuras. Llegados al Salón Rectoral, una comisión de estudiantes se adelantó a pedir su dimisión al Rector, quien los autorizó para demandarla en la forma legal, propia de ciudadanos, y no en la tumultuaria, impropia de los peticionarios, y así terminó el incidente, retirándose en orden la comitiva[45].

El 16, el rector Guevara Rojas, escribe al Ministro de Instrucción Pública dándole detalles de lo ocurrido y solicitando la expulsión de los estudiantes comprometidos en el motín: Miguel Ruiz Díaz y Jesús Vásquez Calzadilla. Ese mismo día el ministro dictaminó la expulsión de ambos de todas las universidades del país por dos años. Ese día y el siguiente no hubo clases porque los estudiantes se negaron a entrar a los salones, actitud que al parecer fue secundada por algunos profesores que tampoco lo hicieron. El día 19, el Consejo Central de la Asociación General de Estudiantes de Venezuela insistió en pedir la

1916. Es cierto que en ese periodo no hubo autoridades rectorales constituidas, pero hubo graduados y los títulos eran firmados por el ministro de Instrucción Pública.

45 Francisco Antonio Rísquez. Doctor Felipe Guevara Rojas, homenaje a su memoria 1 de septiembre de 1917. (Caracas, Litografía del Comercio, 1917), pp. XXVIII - XXIX

renuncia del rector y declaró la huelga general de asistencia a clases hasta tal renuncia no se materializara.

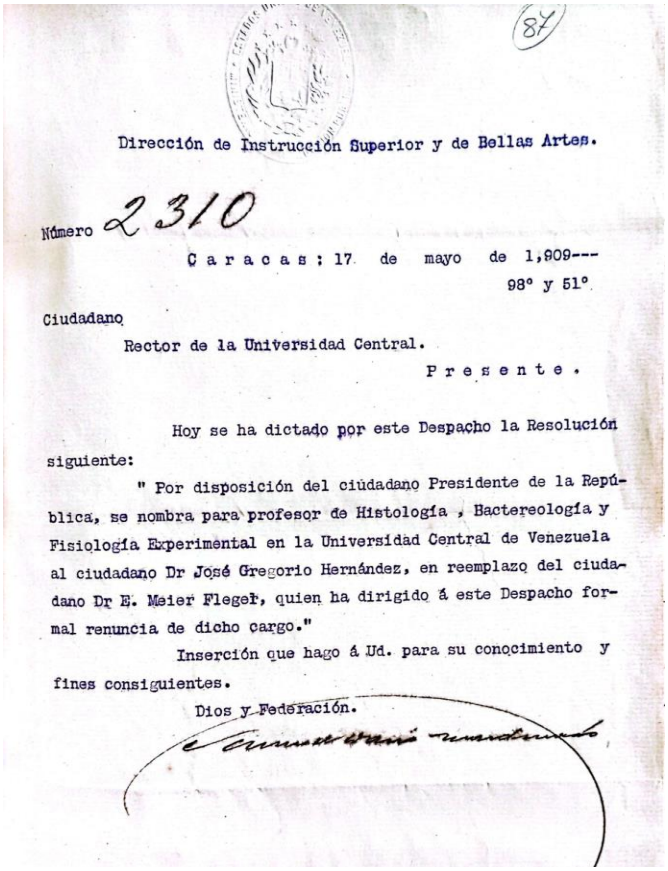
Otro hecho significativo fue la destitución de 11 profesores de 13 de la Facultad de Medicina, considerando que los doctores Bernardino Mosquera (Patología Médica), Miguel Ruiz (Obstetricia y Clínica Obstétrica), Juan Díaz (Higiene Pública y Privada y Medicina Legal y Toxicología), Pablo Acosta Ortiz (Clínica Quirúrgica), Tomás Aguerrevere Pacanins (Terapéutica General y Materia Médica), Manuel Ángel Dagnino (clínica médica y clínica oftalmológica), Pedro Herrera Tovar (Patología Quirúrgica), Carlos Manuel Velásquez (patología general y pediátrica), Martín Herrera (Clínica Ginecológica), Manuel Pérez Díaz (Clínica Dermatológica) y Juan Pablo Tamayo (Clínica de las Vías Urinarias), "están comprendidos en una de las causas de remoción determinadas por el artículo 131 del Código de Instrucción Pública, el ciudadano General J. V. Gómez, Presidente de la República, dispone se declaren vacantes las respectivas cátedras de los profesores mencionados"[46].

Estos despidos enconan aún más el conflicto porque agravaban la fractura existente entre los profesores y abría un nuevo frente de oposición al rector. En este punto considero, y en ello coincido con Leonardo Carvajal, estudioso de este tema, que se trató de una crisis generacional entre los antiguos educadores con el arrastre de vicios de una institución que necesitaba ser remozada y la nueva generación de profesores que desde su experiencia europea tenían otra visión de la educación.

También se ha insistido como elemento disruptivo el nombramiento del Dr. José Gregorio Hernández como Decano de la Facultad de Medicina en medio del conflicto, arguyendo que para ese momento él era personal jubilado, lo que no es cierto, pues para el momento de la huelga el Dr. Hernández era profesor activo de la universidad desde el 17 de mayo de 1909, como lo demuestra la resolución ministerial localizada por nosotros en el

[46] Arreaza Monagas. "Resolución Nº 6". Memoria del Ministro de Instrucción Pública de 1913, tomo II, pp. 9 – 10.

Archivo Histórico de la UCV, donde se le comunicaba al rector Elías Toro la reincorporación del Dr. Hernández a su antigua cátedra por renuncia del Dr. Enrique Meier Flégel[47]. Antes de reasumir la cátedra, hizo un segundo intento por la vida sacerdotal en el Seminario Metropolitano de Caracas, pero la docencia lo reclamó.



87

Dirección de Instrucción Superior y de Bellas Artes.

Número 2310

Caracas: 17 de mayo de 1,909---
98° y 51°

Ciudadano
Rector de la Universidad Central.
Presente.

Hoy se ha dictado por este Despacho la Resolución siguiente:

" Por disposición del ciudadano Presidente de la República, se nombra para profesor de Histología, Bactereología y Fisiología Experimental en la Universidad Central de Venezuela al ciudadano Dr José Gregorio Hernández, en reemplazo del ciudadano Dr E. Meier Flegel, quien ha dirigido á este Despacho formal renuncia de dicho cargo."

Inserción que hago á Ud. para su conocimiento y fines consiguientes.

Dios y Federación.

Fuente: AHUCV. Reincorporación del Dr. José Gregorio Hernández 17 de mayo de 1909

Las tensiones con el paso de los días no se disipan, antes se van profundizando a pesar de los esfuerzos del rector Guevara Rojas para desestimar la agudización real del conflicto:

> … circunstancias especiales que hubieran podido evitarse han venido hacer del reemplazo de los médicos destituidos un problema que algunas personas quieren hacer aparecer como muy grave. Yo le aseguro, General, que no hay tal gravedad. Para un gobierno poderoso como el suyo no puede ser un problema grave la renuncia de un

[47] AHUCV. Correspondencia Ministerio de Instrucción Pública, tomo XII, 1908 - 1910, oficio nro. 2.310, 17 de mayo de 1909, folio 87.

> grupo insignificante de ciudadanos que se niegan a servirle cuando necesita de ellos. Una cosa hay que evitar a todo trance por el decoro de su administración; llevar a esos puestos individuos que no sean competentes. Es preferible que esos cargos queden vacantes y que se clausuren temporalmente esas cátedras. La otra solución sería que usted llame a algunos de esos médicos conocidos, amigos suyos, que figuran en la terna y los encargase de las cátedras más importantes. A usted personalmente nadie se le negaría. Usted tiene un criterio muy claro y comprenderá que ambas soluciones son fáciles. Ojalá pudiera hablar yo con usted mañana para exponerle mejor estas dos soluciones. Pero en todo caso, por más que digan, por razones especiales, algunos alarmistas, la remoción de ese grupito de médicos no puede constituir ningún problema para un gobierno que tiene de su parte la justicia, la opinión y el poder[48].

Da la impresión que siguiendo el consejo del rector "que esos cargos queden vacantes y que se clausuren temporalmente esas cátedras" el presidente Gómez el 1 de octubre de 1912, ordenó al Ministro de Instrucción Pública, y este hizo publicar la resolución que indicaba que la Universidad Central queda clausurada desde esta fecha y por el tiempo necesario al cumplimiento de los expresados fines que era disponer de las medidas transitorias que requería el instituto "tendientes a su perfecta organización y a la cabal provisión de la enseñanza científica a que está destinada"[49].

Tan pronto fue publicada ésta resolución de clausura empieza la reorganización de la Universidad desde el gobierno. El 15 de noviembre se autoriza al Dr. Enrique Meier Flégel, Secretario, para la apertura de esa oficina "por cuanto se hace necesario expedir certificaciones de carácter urgente (el presidente Gómez) ha tenido a bien disponer que abra usted esa Oficina a los efectos precitados"[50]. Y el 22 de noviembre el mismísimo Gómez conmina al Rector Guevara Rojas para "que mientras dura la clausura de la Universidad Central, formule ese Rectorado, de acuerdo con el Consejo Universitario, un nuevo reglamento para el Instituto, conforme a las disposiciones del Código de Instrucción

48 Carta del rector Felipe Guevara Rojas al general Juan Vicente Gómez. Caracas, 30 de septiembre de 1912. En: Boletín del Archivo Histórico de Miraflores, julio – diciembre de 1962, año IV, número 19 – 21, pp. 245 – 246.

49 Arreaza Monagas. "Resolución Nº 7". Memoria del Ministro de Instrucción Pública de 1913, tomo II, p. 10.

50 Arreaza Monagas. "Resolución Nº 8". Memoria del Ministro de Instrucción Pública de 1913, tomo II, p. 11.

Pública vigente y que se sirva, además, estudiar, para indicarlas a este Despacho, las reformas necesarias a la buena marcha y al progreso de los estudios universitarios"[51].

El rector Guevara Rojas, el 23 le comunica al ministro Arreaza Monagas que "es grato decirle que ya he convocado al Consejo Universitario, para proceder a dar cumplimiento a la referida disposición y que también me ocupo activamente del estudio de las reformas, que en mi concepto sean necesarias, para la buena marcha y el progreso de los estudios de este Instituto, estudio que me será muy placentero someter a la consideración del Despacho de su digno cargo"[52]. El 17 de diciembre se envía el nuevo reglamento firmado por todas las autoridades rector y decanos, se aprueba el 19. Como vemos en estas comunicaciones extraídas de la Memoria y Cuenta del Ministro de Instrucción Pública, es el general Juan Vicente Gómez el más interesado que el problema universitario se resuelva rápidamente.

Superado este episodio, el Dr. Hernández tuvo su tercera incursión fracasada a la vida monacal, esta vez en el Colegio Pío Latino en Roma. Monseñor Juan Bautista Castro ante la insistencia del feligrés le aconsejó "Ponga su vocación en un platillo de la balanza, y deposite en el otro platillo las necesidades de Venezuela urgida hoy más que nunca de hombres ejemplares como usted. A donde el fiel se incline vea la voluntad de Dios y sígala"[53]. El fiel de la balanza se inclinó por sus alumnos y sus pacientes hasta el día que un accidente acabó con su vida.

51 Arreaza Monagas. "Resolución Nº 9". Memoria del Ministro de Instrucción Pública de 1913, tomo II, p. 11.

52 Guevara Rojas. "Rectorado comunicación nro. 178". Memoria del Ministro de Instrucción Pública de 1913, tomo II, p. 13.

53 Antonio Sanabria. José Gregorio Hernández de Isnotú 1864 – 1919, creador de la moderna medicina venezolana. (Caracas, Ediciones de la Biblioteca UCV, 1997), p. 147.

Consideraciones finales

A primera vista, el positivismo del siglo XIX —con su rechazo a la metafísica y su pretensión de monopolizar la racionalidad— parecería incompatible con una vida profundamente religiosa. Sin embargo, José Gregorio Hernández no se adhirió al positivismo dogmático, sino que lo asumió críticamente, rechazando su dimensión ateísta y antirreligiosa, pero valorando su rigor metodológico. En este sentido, su postura se asemeja más a lo que Mariano Artigas denomina "ciencia abierta"[54]: una ciencia consciente de sus límites y abierta a las grandes preguntas que trascienden el laboratorio. Como escribe Polanco, "Hernández entendía que la ciencia descubre cómo funciona el mundo, pero solo la fe responde por qué vale la pena curar, acompañar y amar al enfermo"[55]. Esta articulación entre razón y fe, lejos de ser contradictoria, le permitió desarrollar una medicina que era a la vez científica y espiritualmente humana.

La beatificación de José Gregorio Hernández en 2021 no fue solo un acto religioso, sino también un reconocimiento cultural de un modelo de vida en el que ciencia, ética y fe caminan juntas. En un momento histórico marcado por la fragmentación del conocimiento, la deshumanización de la medicina y los extremismos tanto del cientificismo como del fundamentalismo religioso, su figura ha adquirido una nueva actualidad. Como señalan los organizadores del Congreso Internacional de la UCAB, "José Gregorio ofrece un antídoto contra la dicotomía moderna que opone razón y espiritualidad, proponiendo una racionalidad encarnada en la caridad"[56]. Su legado trasciende lo biográfico: se ha convertido en un referente simbólico para quienes creen que la ciencia, para ser verdaderamente humana, debe estar al servicio del prójimo.

José Gregorio Hernández no fue ni un científico que "también rezaba", ni un creyente que "hacía ciencia por hobby". Fue un pensador integral cuya vida demuestra que la ciencia

54 Mariano Artigas. La mente del universo: inteligibilidad y fe en la ciencia. (España: EUNSA, 2000), p. 17.

55 Alfonso Polanco. Fe y razón en José Gregorio Hernández. (Caracas: Ediciones UCAB, 1997), p. 63.

56 Varios autores, *José Gregorio Hernández: entre la ciencia y la santidad*, (Caracas: UCAB, Actas del Congreso Internacional, 2022), p. 18.

positivista y la praxis religiosa pueden no solo coexistir, sino enriquecerse mutuamente cuando ambas se orientan por un mismo ideal: la búsqueda de la verdad en función del bien del ser humano. En un mundo donde los grandes relatos han colapsado y la especialización técnica amenaza con vaciar el conocimiento de sentido, su ejemplo invita a repensar la vocación científica como una forma de servicio y de entrega. Como escribió Pérez Perazzo, "en José Gregorio, la fe no vela la ciencia, sino que la ilumina"[57]. Esta investigación, al articular historia, filosofía y teología, espera contribuir a una recuperación crítica de esa síntesis, tan necesaria en nuestro tiempo. Él mismo cierra su libro Elementos de Bacteriología diciendo: "Siempre hemos tenido el pensamiento con que Cruveilhier termina el prólogo de su Tratado de Anatomía: que escribir una obra científica es propiamente entonar un canto de alabanza a la Gloria infinita de Dios, Creador del Universo"[58].

Finalmente, el horizonte en que se mueve José Gregorio Hernández es el horizonte del hacer humano que transciende a la "quietud" espacial de su tiempo, la pululación prácticamente infinita de movimientos (acciones científicas y religiosas) que brotan de los organismos humanos y se resuelven o no se resuelven en obras extrasomáticas. Este ir y venir de los movimientos entretejidos entre ciencia y fe no son siempre caóticos, fluidez e indeterminación pura. Por el contrario, esta actividad incesante de los hombres de ciencia y fe, que constituye el tejido de la vida humana, se desarrolla, si no en todo, sí en una gran parte, siguiendo ritmos cíclicos, describiendo trayectorias que poseen una figura pautada, de tal manera que el hacer humano, en su misma convergencia entre ciencia y fe, nos ofrece el aspecto de un conjunto de incontables cursos de acción que se cierran en su mismo desarrollo temporal.

57 Francisco Pérez Perazzo, *El pensamiento filosófico de José Gregorio Hernández*, (Caracas: Ediciones de la Biblioteca UCV, 1970), p. 68.

58 Hernández. Elementos de Bacteriología, p. II.

Referencias bibliográficas

Archivo

Archivo Histórico de la Universidad Central de Venezuela (AHUCV).

Fuente primaria impresa

Memoria que presenta el Ministro de Instrucción Pública al Congreso de los Estados Unidos de Venezuela en sus sesiones ordinarias de 1913. (Caracas, Imprenta Nacional, 1913), tomo II.

Boletín del Archivo Histórico de Miraflores. (Caracas, Imprenta Nacional, 1962).

Obras del Dr. José Gregorio Hernández.

Hernández, José Gregorio, Elementos de Bacteriología. (Caracas, Tipografía Herrera Irigoyen, 1906).

Hernández, José Gregorio. Elementos de Filosofía. (Caracas, Tipografía El Cojo, 1912).

Hernández, José Gregorio, Obras completas. (Caracas: Ediciones OBE – UCV, 1968).

Obras consultadas

Libros

Artigas, Mariano. La mente del universo: inteligibilidad y fe en la ciencia. (España: EUNSA, 2000).

Brito Figueroa, Federico. José Gregorio Hernández: ciencia y conciencia en Venezuela. (Caracas: Monte Ávila Editores, 1981).

Cappelletti, Ángel. Positivismo y evolucionismo en Venezuela. (Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1994).

Carvallo, Temíscocles. José Gregorio Hernández, su obra científica y social en Venezuela. (Caracas, Imprenta Nacional, 1953).

González Oropeza, Hermann. Iglesia y Estado en Venezuela. (Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1997).

González Stephan, Beatriz; Lasarte, Javier y Daroqui, María Julia. Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina. (Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana – Equinoccio – Universidad Simón Bolívar, 1995).

Hernández Briceño, Ernesto. Nuestro tío José Gregorio, contribución al estudio de su vida y de su obra. (Madrid: Imprenta Sucesores de Rivadeneira, 1958).

Leal, Idelfonso. Egresados de la Universidad Central de Venezuela, 1725-1957. (Caracas: ediciones de la Secretaría de la Universidad Central de Venezuela, Tomo I, 1996).

Núñez Ponte, José Manuel. Dr. José Gregorio Hernández, ensayo crítico – biográfico. (Caracas: Editorial Las Novedades, 1944).

Ortega, Julio. El principio radical de lo nuevo. Postmodernidad, identidad y novela en América Latina. (México: Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra Firme, 1997).

Pérez Perazzo, Francisco. El pensamiento filosófico de José Gregorio Hernández. (Caracas: Ediciones de la Biblioteca UCV, 1970).

Polanco, Alfonso. Fe y razón en José Gregorio Hernández. (Caracas: Ediciones UCAB, 1997).

Rísquez, Francisco Antonio. Doctor Felipe Guevara Rojas, homenaje a su memoria 1 de septiembre de 1917. (Caracas, Litografía del Comercio, 1917).

Rivas, Ramón José. La enseñanza de la medicina en Venezuela durante el siglo XIX. (Caracas: Academia Nacional de Medicina, 1993).

Rodríguez Rivero, Placido Daniel. Historia Médica de Venezuela hasta 1900. (Caracas, Parra León Hermanos Editores, 1931).

Sanabria, Antonio. José Gregorio Hernández de Isnotú 1864 – 1919, creador de la moderna medicina venezolana. (Caracas, Ediciones de la Biblioteca UCV, 1997).

Uslar Pietri, Arturo. Los venezolanos y el petróleo. (Caracas: Ediciones del Banco de Venezuela, 1990).

Varios autores. José Gregorio Hernández: entre la ciencia y la santidad. (Caracas: UCAB, Actas del Congreso Internacional, 2022).

Zea, Leopoldo. El positivismo en México. (México: Fondo de Cultura Económica, 1970).

Revistas

González, Tomás. “Dr. José Gregorio Hernández (1864-1919): una nueva visión de la bacteriología”. Gaceta Médica de Caracas, No. 133(3) 2025: 990.